

¡Bienvenidos, compañeros del alma, compañeros!

Victoriano Crémer

EN este día miércoles, que es tiempo reservado por los dioses para la celebración de los grandes acontecimientos, ya mediado este mes de marzo, con los árboles en flor temprana, la Universidad de León en uso de las facultades que se le tienen asignadas y teniendo muy en cuenta los méritos que concurren en los candidatos, a instancias de las correspondientes autoridades, ha investido como doctores Honoris Causa, a los leoneses Antonio Pereira, Antonio Gamoneda, Ramón Carnicer y Eugenio de Nora, todos y cada uno bien digno de figurar en el Libro Blanco que registra los anales biográficos de unas tierras siempre tan necesitadas de apoyos y misericordias.

León hace los hombres y no les condena a la hoguera de las absolutas indiferencias, que siempre queda, replegado entre la multitud perdida algún anónimo personaje dispuesto a dar fe y a responsabilizarse de los méritos que concurren en cada uno de los seleccionados.

Bien sé que no hace falta que intente siquiera esbozar un perfil de los figurantes en este cuadro de honor de la ciudad, porque de todos disponéis de pruebas fehacientes que acreditan por sí solas toda clase de proclamaciones. Pero quizá en este caso concreto, sea para mí especialmente significativo y hasta emocionante erigirme en humilde cronista de Corte, porque estos nombres, estos personajes, estos entrañables amigos, formaron parte muy principal de mi vida, fueron referencias obligadas de mis recuerdos mejores, precisamente en un tiempo dramático en el cual los amigos, los compañeros ejercían el tremendo oficio de ignorarse, de desaparecer, de inmolar todo parentesco incluso, ante el temor de que el nombre, la acción o las anotaciones policiales pudieran acarrear disgustos que acabaran en quebrantos profundos.

No todos los que hoy forman la promoción de investidura más ilustre, por entrañada en la vida de la ciudad, coincidíamos ni en el tiempo ni en la circunstancia ni en el contenido ideológico de nuestros afanes, pero habíamos conseguido establecer unos lazos de entendimiento, de amistad que servían perfectamente tanto para tenernos en pie, sin dejamos desfallecer, como para asistir a nuestros primeros ensayos literarios con generoso conocimiento y renovado entusiasmo. En alguno de mis versos lo recuerdo:

Éramos jóvenes, valientes y generosos entre el estruendo y el humo de los altares.

Conocíamos el peso de la luz sobre los muertos y desnudábamos el alma de sus viejas cortezas.

Estos cuatro nuevos Doctores alcanzaron renombre precisamente enarbolando el viejo pendón leonés, con sus libros, con sus referencias, con

sus estudios, con su palabra. Y es seguro que la huella que de León haya quedado por lo que ellos proclamaron será mucho más duradera que la de tantísimos fabuladores sin gracia ni temperatura.

Libros todos los de estos cuatro nombres, que se suman dignamente a los numerosos hombres de León que andan por el mundo proclamando con su quehacer literario o científico que aún puede León enorgullecerse de haber forjado generaciones importantes en el ámbito de la cultura.

Ya habéis llegado, se puede decir. Habrá otros homenajes no menos merecidos que el que supone esta investidura que ahora obtenéis, pero dudo de que nos llegue tanto al corazón como esta. Quizá por aquello de comprobar que fuisteis profetas en vuestra patria. Porque León es patria de todos. ¡Enhorabuena, compañeros del alma, compañeros!